

843
9
2

PQ 2227
MG
96 v.3



FONDO
RIGARDO GOVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

LOS

MIL Y UN FANTASMAS

CUENTOS DE MEDIA NOCHE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

XII

El sello negro

El monje y el abate habian continuado entre tanto su camino hacia el castillo ; pero así que llegaron ante la puerta grande se detuvieron y se pusieron á deliberar, si convendria más el ir primero á las habitaciones de los criados y recoger en ellas á toda la gente del castillo que á aquella hora estaba reunida para cenar, con el objeto de hacer un escrupuloso registro en todos los departamentos.

El prudente camaldulense habia hecho esta proposición, y el abate estaba ya pronto á acceder á ella cuando vieron abrirse una puertecita, aparecer al viejo administrador Bonbonne, y éste correr hacia ellos en cuanto su mucha edad se lo permitia. Estaba pálido, trémulo ; venia haciendo gestos y hablando solo.

— ¿ Qué hay ? preguntó el abate dando algunos pasos para acercársele.

— ; Ah ! Dios mío ! exclamó Bonbonne.

— ¿ Qué os ha pasado ? continuó el camaldulense.

— Me ha pasado que he tenido una aparición terrible.

El monje y el abate se miraron recíprocamente.

— ¡ Una aparición ! repitió el monje.

— ¡ Quitad allá ! es imposible, dijo el abate.

— Pues os digo que es verdad, dijo Bonbonne insistiendo.

— ¿ Y qué aparición ha sido esa ? decid.

— Sí ; ¿ qué habéis visto ?

— He visto... yo no sé todavía muy bien lo que he visto ; pero en fin, he visto.....

— Explicaos, pues.

— ¡ Bueno ! Pues estaba yo en la habitación en que trabajo generalmente, la que está debajo del gabinete grande del señor marqués y comunica, como sabéis, con dicho gabinete por una escalera oculta : estaba yo, repito, hojeando todavía los títulos para asegurarme de que no se nos había olvidado nada al redactar el testamento tan necesario para el porvenir de toda la familia, cuando oigo dar las siete, y al mismo tiempo y de repente, pasos en la habitación de encima, de la cual había salido yo ayer con el señor marqués, cuya puerta había cerrado yo al salir, y cuya llave tenía en mi bolsillo. Presté atención, y nada ; no había duda : eran pasos los que sonaban. Fijo más mi atención, y veo que los pasos resonaban efectivamente encima de mi cabeza. ¡ Sin duda había alguien arriba ! Pero no es esto todo, sino que oigo abrir los cajones de la mesa de Mr. de Chauvelin, y oigo mover la butaca colocada delante de la mesa, y todo esto sin precaución de ningún género, que es lo que me pareció más extraordinario. La primera idea que se me ocurrió fué que habían entrado ladrones en el castillo ; pero los tales ladrones era menester ó que fueran muy imprudentes, ó que estuviesen muy sobre seguro. ¿ Qué hago ? me pregunté : ¿ llamar á los cria-

dos ? Están en las habitaciones al otro lado del edificio, y mientras vaya á buscarlos tendrán tiempo los ladrones para huir. Tomé mi escopeta de dos cañones, y subí por la escalerilla que conduce de mi cuarto al gabinete del señor marqués. Llego de puntillas, y mientras más escalones voy subiendo, más cuidado y atención voy aplicando. No sólo oigo que mueven los muebles, sino que oigo también gemidos, estertores y sonidos inarticulados que penetraban hasta el fondo de mi alma ; porque, debo confesároslo, mientras más me acercaba, más se me figuraba oír y reconocer la voz del señor marqués.

— ¡ Cosa extraña ! exclamó el abate.

— Sí, sí, extraña, repitió el monje. — Continúa, Bonbonne, continúa.

— En fin, continuó el intendente acercándose á sus dos interlocutores, como para buscar un refugio á su lado ; en fin, miré por el agujero de la cerradura, y vi un gran resplandor en la habitación, aunque ya había cerrado la noche y aun cuando las persianas estaban cerradas, y cerradas por mí mismo.

— ¿ Y luego ?

— El ruido proseguía. Eran como gemidos de un moribundo : me quedé sin una gota de sangre en las venas ; y sin embargo quise verlo todo. Hice un esfuerzo de ánimo ; volví á aplicar mi ojo al observatorio y distinguí unos cirios encendidos alrededor de un féretro.

— ¡ Oh ! estáis loco, mi querido señor Bonbonne, dijo el monje estremeciéndose á su pesar.

— Lo he visto ; lo he visto, padre mío.

— Pero no lo habréis visto bien, dijo el abate.

— Os digo, señor abate, que lo he visto tan perfectamente como os estoy viendo ahora : os digo que ni perdí mi presencia de ánimo ni mi natural buen sentido.

— Y sin embargo echasteis á correr todo asustado.

— ¡Nada de eso! al contrario, me quedé rogando á Dios y al ángel de mi guarda que me diese fuerzas. Mas de repente sonó un estrépito terrible, y los cirios se apagaron y todo quedó en silencio y en tinieblas. Sólo entonces fué cuando me separé de allí, bajé en seguida, salí y os ví. Ahora estamos reunidos; aquí está la llave del gabinete; sois eclesiásticos y estáis por consiguiente libres de terrores supersticiosos. ¿Queréis venir conmigo, y nos aseguraremos por nosotros mismos del estado en que se hallan las cosas?

— Vamos, dijo el camaldulense.

— Vamos, repitió el abate.

Y los tres entraron en el castillo, no por la puertecita por donde había salido Bonbonne, sino por la puerta grande por donde había entrado el marqués.

Al pasar en el vestibulo por junto á un reloj coronado con las armas de la familia de los Chauvelin, el administrador levantó la bujía que acababa de encender.

— ¡Ah! cuidado si es cosa singular, dijo: sin duda ha tocado alguien á este reloj y lo ha descompuesto.

— ¿Por qué?

— Porque desde mi niñez lo he visto en el castillo, y desde mi niñez he visto que es invariable.

— ¿Y qué sucede?

— ¿Pues no veis que se ha parado?

— Á las siete, dijo el monje.

— Á las siete, repitió el abate.

Y ambos volvieron á mirarse recíprocamente.

— En fin, murmuró el abate.

El monje pronunció algunas palabras que más bien parecían una oración.

Luego subieron por la escalera principal, y llegaron al departamento del marqués, departamento que estaba cerrado y desierto. Aquellas inmensas habitaciones, ilumina-

das por el trémulo resplandor de la luz que llevaba el administrador, eran tan solemnes como espantosas.

Al llegar á la puerta del gabinete palpitaron violentamente los corazones de los tres, quienes se detuvieron y prestaron atención.

— ¿Oís? preguntó el administrador.

— Perfectamente, dijo el abate.

— ¿El qué? preguntó el monje.

— ¡Cómo! ¿pues no oís un quejido como el que pudiera exhalar un hombre agonizando?

— Es verdad, dijeron á un mismo tiempo los dos compañeros del administrador.

— ¿Veis cómo no me equivocaba? repuso éste.

— Dadme la llave, dijo el padre Delar, haciendo la señal de la cruz; somos hombres honrados, somos cristianos y nada debemos de temer: entremos.

Abrió la puerta, y por mucha que fuera la confianza que el hombre de Dios tuviera en Dios, es lo cierto que su mano temblaba al introducir la llave en la cerradura: luego se detuvieron los tres en el umbral.

La habitación estaba vacía.

Entraron á pasos lentos en el inmenso gabinete rodeado de libros y de cuadros, y todo estaba en su sitio menos el retrato del marqués, el cual, habiéndose desprendido el clavo que lo sostenía, se había caído y yacía en tierra, con el lienzo roto por la parte de la cabeza.

El abate respiró cuando vió el retrato y se lo enseñó al administrador.

— Ahí tenéis la causa de vuestro terror, le dijo.

— Sí, en cuanto al estrépito, convengo, replicó el administrador; pero en cuanto á las quejas que hemos oído... como no las haya lanzando el retrato...

— El hecho es, dijo el monje, que hemos oído gemidos.

— ¿Pues y la mesa? exclamó de repente Bonbonne

— ¿Qué hay? ¿qué hay sobre la mesa? preguntó el abate.

— Esta bujía, recientemente apagada, y que aun tiene la pavesa encendida; pero mirad, tocad esta barra de laque caliente todavía.

Es verdad, dijeron los dos testigos de este incidente punto menos que milagroso.

— ¡Y este sello que el marqués usaba en su reloj, y con el cual se halla sellado el sobre de este paquete dirigido á su notario!

El abate se dejó caer en una silla, más muerto que vivo: le faltaban fuerzas para huir.

El monje seguía en pie, y sin espanto visible, como hombre separado de las cosas del mundo: trataba de comprender aquel misterio, cuya causa ignoraba, cuyo efecto veía, y cuyo objeto no se mostraba al alcance de su entendimiento.

Entre tanto el administrador, á quien el afecto que tenía á sus señores le daba un valor nada común, hojeaba página por página las del testamento que había leído al marqués el día anterior.

Cuando llegó á la última inundó su frente un sudor frío, y murmuró:

— El testamento está firmado.

El abate dió un brinco en su silla, el monje se inclinó sobre la mesa y el administrador miró á ambos.

Pasó entre aquellos tres hombres un momento de terrible silencio, y al más valiente se le erizaran los cabellos.

Finalmente, los tres dirigieron curiosas miradas al testamento.

Éste se hallaba adicionado con un codicilo, cuya tinta estaba fresca todavía.

Hallábase concebido en estos términos:

« Es mi voluntad que se entierre mi cuerpo en la igle-

sia de los carmelitas de la plaza de Mauber, donde se hallan mis antepasados.

» Hecho en el castillo de Grosbois el 27 de abril de 1774, á las siete de la noche.

» Firmado: CHAUVELIN. »

Las dos firmas y el codicilo estaban trazados con mano menos firme que el testamento: pero sin embargo eran muy claros y fáciles de leerse.

— Recemos un responso, señores, dijo el administrador, porque es evidente que el marqués ha muerto.

Los tres se arrodillaron piadosamente y recitaron juntos aquella fúnebre oración, levantándose después de haber pasado algunos minutos en un recogimiento solemne.

— Mi pobre señor, dijo Bonbonne, me había dado su palabra, asegurándome que vendría á firmar su testamento, y la ha cumplido. Dios tenga piedad de su alma,

El administrador cerró el testamento en su sobre, y volviendo á tomar la luz hizo una señal á los demás para salir.

Después añadió en voz alta:

— Nada más tenemos que hacer aquí; vamos en busca de la viuda y de los huérfanos.

— No vayáis á dar ese paquete á la marquesa, dijo el abate. ¡Oh, Dios mío! no hagáis semejante cosa, en nombre del cielo.

— Tranquilizaos, dijo el administrador; este paquete sólo saldrá de mis manos para entrar en las del notario: mi señor me ha nombrado su ejecutor testamentario, supuesto que ha permitido que vea lo que he visto y que oiga lo que he oído. No descansaré un momento hasta ver cumplida su última voluntad, y luego, luego iré á reunirme con él: porque ojos que han sido testigos de semejantes maravillas, deben de cerrarse muy pronto.

Y hablando de este modo salió Bonbonne del último gabinete, cerrando después la puerta; y los tres bajaron las escaleras, echaron una mirada tímida al reloj parado en las siete, y descendiendo por la gradería, se encaminaron al naranjal en donde los esperaban la marquesa y sus dos hijos.

Estaban rezando todavía; ella de rodillas, los niños en pie y á su lado.

— Hablad, exclamó la madre levantándose precipitadamente al verlos llegar; hablad.

— ¿Quién era? preguntaron los niños.

— Continúad vuestra oración, señora, dijo el padre Delar, porque no os habéis equivocado: por un favor especial, concedido indudablemente á vuestra piedad, Dios ha permitido que el alma de Mr. de Chauvelin venga á despedirse de vos.

— ¡Oh, padre mío! dijo la marquesa levantando las manos al cielo; ya veis que no me equivocaba.

Y cayendo de rodillas continuó su rezo interrumpido, haciendo señas á sus hijos para que imitasen su ejemplo.

Dos horas después resonó un ruido de campanillas en el patio, ruido que hizo levantar la cabeza á Mad. de Chauvelin, quien se hallaba sentada entre las dos camas de sus dos niños dormidos.

Una voz resonó en la escalera gritando:

— ¡Correo del rey!

En el mismo instante entró un criado de á pie y entregó á la marquesa una larga carta cerrada con un sello negro.

Era la noticia oficial de que el marqués había muerto á las siete de la noche de un ataque de apoplejía mientras estaba jugando con el rey.

XIII

La muerte de Luis XV (1)

Desde que murió Mr. de Chauvelin fué muy rara la vez que se vió sonreír al rey. No parecía sino que adonde quiera que dirigia sus pasos le acompañaba la sombra del marqués. Solamente le distraía el andar en carruaje é hizo muchos viajes con este motivo: pasaba de Rambouillet á Compiègne, de Compiègne á Fontainebleau, de Fontainebleau á Versalles, y jamás venía á París. París horrorizaba al rey desde su levantamiento con motivo de los baños de sangre.

Pero tan hermosas residencias en lugar de distraerle, le volvían á lo pasado, lo pasado á los recuerdos, y los recuerdos á la reflexión. Sólo Mad. Dubarry lograba sacarle de aquellas reflexiones tristes, amargas y profundas, y ciertamente causaba lástima ver el trabajo que se tomaba tan joven y linda criatura para acalorar, no ya el cuerpo, sino el corazón del anciano.

Entre tanto se descomponían, así la sociedad como la monarquía, y á las infiltraciones filosóficas de Voltaire, de Alambert y de Diderot sucedían las lluvias escandalosas de Beaumarchais, quien habiendo publicado su famosa memoria contra el consejero Gresmann, hizo que este

(1) Creemos que no se puede terminar mejor el *Testamento de Mr. de Chauvelin*, que con la muerte de Luis XV contada por Mr. Alexandro Dumas en la historia de este reinado, que publica la librería de Cadot con el título de *La Regencia y Luis XV*. (Nota del editor de la *Presse*).

magistrado, miembro del tribunal Meaupeou, no se atreviera á volver á sentarse en su silla.

Beaumarchais hacía repetir su *Barbero de Sevilla* y se hablaba ya de las osadías que iba á vomitar sobre la escena el filósofo Figaro.

Una aventura de Mr. de Fronsac había escandalizado ya, y dos del señor marqués de Sade habían horrorizado.

No es al golfo adonde marcha la sociedad, sino al sumidero.

Todas aquellas anécdotas eran muy vergonzosas, muy inmundas; pero eran también las únicas que divertían al rey. Mr. de Sartines le hizo un diario de ellas, el cual había sido inventado ingeniosamente por Mad. Dubarry, y que leía el rey por las mañanas en su lecho. Este diario se redactaba en todos los lupanares de París, y más especialmente en la casa de la famosa Gourdan.

Un día supo el rey por este diario que Mr. de Lorry, obispo de Tarbes, había tenido el día anterior la imprudencia de volver á París trayendo en su carretela descubierta á Mad. Gourdan y á dos de sus pensionistas. Parecióle aquello cosa demasiado fuerte, y mandó que advirtiesen al limosnero mayor que llamase al obispo.

Afortunadamente se explica todo por casualidad para mayor honra y gloria del pudor y de la caridad del prelado. El obispo de Tarbes, al volver de Versalles, vió en el camino real á tres mujeres que estaban en pie junto á un carruaje roto: compadecido de aquella desventura, les ofreció los asientos vacíos de su carretela, y la Gourdan aceptó la proposición, habiéndole agradado.

¿Y quién no había de dar crédito á la ingenua declaración del prelado? ¿quién había de decirle: ¡Pues qué! ¿no conocíais á la Gourdan? ¡vamos: eso es increíble!

Entre tanto se había armado la guerra entre los parti-

darios de Gluck y de Piccini, y se había dividido la corte en dos partidos.

La delfina, que era joven, que tenía sentimiento poético, y una organización muy apta para la música y que era discípula de Gluck, no hallaba en nuestras óperas más que una colección de arietas más ó menos graciosas. Al ver representar las tragedias de Racine tuvo la idea de enviar á su maestro la *Ifigenia en Aulida*, y de invitarle á que vertiera las olas de su música sobre los armoniosos versos de Racine. Á los seis meses estaba ya hecha la música y el mismo Gluck en persona trajo su partitura á París.

Así que llegó Gluck, se hizo favorito de la delfina y tuvo entrada á todas horas en sus habitaciones particulares.

Es preciso acostumbrarse á todo y principalmente á lo grandioso. La música de Gluck no produjo tanto efecto como debía de producir. Los corazones vacíos, los corazones fatigados no necesitan el pensamiento, tienen bastante con el ruido; pues el pensamiento es un trabajo y el ruido una distracción.

La antigua sociedad prefirió la música italiana, los cascabeles sonores al órgano melodioso.

Mad. Dubarry sólo por espíritu de contradicción y porque Mad. la delfina había preferido la música alemana, se alistó en las banderas de la italiana y mandó libretos á Piccini; éste mandó partituras, y la antigua y la moderna sociedad se dividieron en dos campos.

Esto sucedía porque nacían y empezaban á circular ideas completamente nuevas en medio de la antigua sociedad francesa, como flores desconocidas que brotan entre las losas separadas y de color sombrío, entre las piedras carcomidas de un castillo antiguo.

Estas ideas eran las ideas inglesas: los jardines con mil calles centrifugas, con bosquecillos, prados, bande-

jas de flores y sábanas de césped; los faldellines, las salidas por la mañana sin polvos y sin colorete, con un simple sombrero de paja de alas anchas, adornado con un aciano ó una margarita; los cabalgadores que iban rigiendo sus fogosos caballos y llevaban detrás sus joekeis con gorros negros, chupas redondas y calzones de piel; los faetones de cuatro ruedas que estaban muy en moda; las princesas vestidas como pastoras y las actrices vestidas como reinas: en fin, la Duthé, la Guimard, la Sofia Arnould, la Prairie, la Cléophile cubriéndose de diamantes, mientras que la delina, la princesa de Lamballe y Mad. de Polignac, de Langeac, y de Adhémar se cubrían de flores.

Y á los ojos de aquella sociedad nueva, que marchaba á lo desconocido, Luis XV inclinaba cada vez más su cabeza. En vano la loquisima condesa giraba á su alrededor, bullendo como una abeja, ligera como una mariposa y resplandeciente como un colibrí; pues el rey apenas levantaba su frente abatida, en la que no parecía sino que el tiempo extendía, por instantes, más y más el sello de la muerte.

Y era que corría el tiempo y que se había entrado ya en el segundo mes después de la muerte del marqués de Chauvelin; y era que se estaba en el 3 de mayo, y el 23 se cumplían justamente los dos meses de la muerte del marqués.

Luego, como si todo contribuyese á justificar el lúgubre presagio, el abate de Beauvais había predicado á la corte, y en su sermón sobre la necesidad de prepararse para el momento de la muerte y sobre el peligro de la impenitencia al morir, había exclamado:

« Pasarán cuarenta días, señor, ¡y Ninive quedará destruida! »

De modo que cuando el rey pensaba en Mr. de Chau-

velin, pensaba también en el abate de Beauvais, y cuando decía al duque de Ayen:

— El día 23 hará dos meses que murió el marqués de Chauvelin.

Volvió la cara hacia el duque de Richelieu y murmuraba:

— Esos cuarenta días de que ha hablado el dichoso abate de Beauvais.....

Y Luis XV añadía:

— Quisiera que hubieran pasado ya los tales cuarenta días.

Y esto no era todo: el almanaque de Lieja al hablar del mes de abril había dicho:

— En el mes de abril una señora de las más notables, como favorita, representará su último papel.

De modo que Mad. Dubarry coreaba las lamentaciones del rey y decía del mes de abril lo que el rey de los cuarenta días: es decir:

— Quisiera [que hubiera pasado ya el maldito mes de abril.

En el maldito mes de abril que tanto espantaba á Mad. Dubarry, y durante los cuarenta días que tanto asustaban al rey, se aumentaron infinito los presagios. El embajador de Génova, á quien el rey veía con frecuencia, cayó muerto de repente. El abate de la Ville, que acababa de levantarse de la cama, para ir á dar gracias al rey por haberle nombrado director de los negocios extranjeros, cayó á sus pies con un ataque de apoplejía fulminante. Finalmente, estando el rey de caza, cayó un rayo que estuvo á punto de matarle.

Motivos eran estos que cada vez le hacían más taciturno y sombrío.

Se habían fundado esperanzas de mejora en la vuelta de la primavera; en la naturaleza que, á la llegada de mayo, rechaza su paño funeral: en la tierra que rever-

dece, los árboles que se cubren de verdes y tempranas hojas, el aire que se puebla de átomos llenos de vida, los alientos de fuego que van en alas de las brisas y parecen almas que buscan sus cuerpos, todo esto podía dar alguna existencia á aquella materia inerte, algún movimiento á aquella máquina gastada.

Á mediados de abril vió Label en casa de un carpintero á la hija de éste, llamándole en extremo la atención su extraordinaria hermosura; y creyó que era un rico fiambre, muy capaz de despertar el apetito del rey, por lo que le habló de ella con entusiasmo. Luis XV consintió con negligencia en el nuevo ensayo de distracción.

Generalmente, las jóvenes que Luis XV debía honrar ó deshonrar con sus bondades, antes de llegar al rey pasaban primero por una visita de los médicos, después por las manos de Label y finalmente por el rey.

Pero en aquel caso era tan joven, tan fresca y tan linda la muchacha, que se dejaron á un lado todas las precauciones, y aun cuando se hubieran empleado, hubiera sido ciertamente muy difícil al médico más hábil conocer que hacía muy pocas horas que le habían entrado las viruelas.

El rey había padecido esta enfermedad durante su juventud; pero á los dos días de sus relaciones con aquella joven, las viruelas se manifestaron por segunda vez.

Una fiebre maligna vino á embrollarlo todo y á complicar la situación.

El 29 de abril se manifestó la primera irrupción de esta fiebre, y el arzobispo de París, Cristóbal de Beaumont, salió inmediatamente para Versalles.

El estado de las cosas era muy raro entonces. No se le podían administrar los sacramentos al rey, en caso de que esto fuera necesario, sin *expulsar antes á la concu-*

bina, y esta concubina, que pertenecía al partido jesuitico, de que era jefe Cristóbal de Beaumont, esta concubina, según decía el arzobispo, había hecho con la caída del ministro Choiseul y con la caída del parlamento servicios tan grandes á la religión, que era imposible deshonrarla canónicamente.

Los jefes de este partido eran, además de Mr. de Beaumont y de Mad. Dubarry, el duque de Aiguillon, el duque de Richelieu, el duque de Fronsac, Maupeou y Terray.

Todos caían sin remedio en cuanto cayese Mad. Dubarry; por consiguiente no tenían ningún motivo para declararse en su contra.

Por el contrario, el partido de Mr. Choiseul, que se hallaba en todas partes, hasta en la cámara del rey, pedía la expulsión de la favorita y una confesión inmediata: todo esto era muy curioso y digno de verse, porque el partido de los filósofos, jansenistas y ateos, era el que pedía la confesión, mientras que el arzobispo de París, los religiosos y los devotos eran los que se oponían á que el rey confesase.

Tan singular era la disposición en que se hallaban los ánimos, cuando el día 1.º de mayo, á las once y media de la mañana, se presentó el arzobispo para ver al rey enfermo.

Por lo que pudiera suceder, Mad. Dubarry, al saber que había llegado el arzobispo, tuvo buen cuidado de ponerse en sitio seguro.

El duque de Richelieu fué quien salió al encuentro del prelado, cuyas intenciones ignoraba todavía.

— Monseñor, le dijo; os ruego que no aterréis á S. M. con la *proposición teológica* que ha causado la muerte de tantos enfermos, y si acaso deseáis oír pecados muy monos y muy lindos, poneos ahí, me confesaré en lugar del rey, y os los diré tales, que no habréis oído otros

semejantes desde que sois arzobispo de París. Pero si no os agrada mi proposición, si os empeñáis absolutamente en confesar al rey y en renovar en Versalles las escenas del obispo de Soissons en Metz, si queréis que se despidá escandalosamente á Mad. Dubarry, reflexionad antes en las consecuencias que producirá este paso y en vuestros propios intereses : no haréis otra cosa que asegurar el triunfo de Mr. de Choiseul, vuestro más cruel enemigo, de quien Mad. Dubarry ha contribuido tanto á libraros, y perseguiréis á vuestra amiga, con provecho de vuestro enemigo : sí, monseñor, vuestra amiga, y tanto que ayer mismo me dijo : Déjenos tranquilos el señor arzobispo y tendrá su capelo de cardenal ; y yo soy quien me encargo del asunto y quien os respondo de conseguirlo.

El arzobispo de París había dejado hablar á Mr. de Richelieu, porque, aun cuando en el fondo era de su misma opinión, era preciso que fingiese que se dejaba persuadir. Afortunadamente el duque de Aumont, Mad. Adelaida y el obispo de Senlis, vinieron á reunirse con el mariscal y á dar al prelado armas contra sí mismo. Fingió que cedía, prometió no decir nada, entró en la cámara del rey, á quien no habló una palabra de confesión, y esto satisfizo tanto al augusto enfermo que mandó llamar inmediatamente á madama Dubarry, cuyas hermosas manos besó, llorando de alegría.

Al siguiente día, 2 de mayo, el rey se halló algo mejor : Mad. Dubarry le había mandado sus dos médicos Lorry y Bordeu, en lugar de Lamartiniere. Los dos médicos habían recibido como el primero y principal de todos sus encargos el de ocultar al rey la naturaleza de su enfermedad, no decirle la situación en que se hallaba y principalmente alejar de su espíritu la idea de que estuviere tan malo que tuviera necesidad de recurrir á los sacerdotes.

El alivio del rey permitió á la condesa volver por un

instante á sus modales libres, á sus buenas ocurrencias y á su acostumbrado donaire. Pero en el momento mismo en que á fuerza de numen y de chispa conseguía hacer sonreír al enfermo, Lamartiniere, á quien no se le había prohibido la entrada, apareció en el umbral de la puerta, y ofendido al ver la preferencia con que se había tratado á Lorry y á Bordeu, se fué en derechura al rey, le tomó el pulso y meneó la cabeza.

El rey le había dejado hacer todo esto mirándole con terror ; pero su terror subió de punto cuando vió el sello del desaliento en las facciones de Lamartiniere.

— Habla, Lamartiniere : ¿ qué opinas ? le preguntó el rey.

— Señor, si mis compañeros no os han dicho que la situación en que os halláis es muy grave, ó son unos asnos, ó mienten.

— ¿ Qué enfermedad creéis que tengo, Lamartiniere ? siguió preguntando el rey.

— ¡ Pardiez ! señor, no es cosa tan difícil de adivinar : V. M. tiene viruelas.

— ¿ Y dices que no hay esperanzas, amigo mio ?

— No digo eso, señor ; un médico jamás desespera ; pero si digo que si V. M. no es rey cristianísimo sólo de nombre, debe tenerlo presente.

— Está bien, dijo el rey.

Y luego llamando á Mad. Dubarry :

— Amiga mía, le dijo, ya lo oís, [tengo viruelas, y mi mal es muy peligroso ; en primer lugar por la edad que ya tengo, y en segundo por mis otras enfermedades. Lamartiniere acaba de recordarme que soy el rey cristianísimo y el hijo mayor de la Iglesia, amiga mía. Quizás será necesario que nos separemos : quiero impedir el que se represente una escena semejante á la de Metz. Poned en noticia del duque de Aiguillon lo que os estoy diciendo, á fin de que se ponga de acuerdo con vos si mi

enfermedad empeora, para que nos separemos sin escándalo.

En el momento en que el rey decía estas palabras, el partido del duque de Choiseul empezaba á murmurar en voz alta, acusando al arzobispo de complaciente en exceso, y diciendo que por no incomodar á Mad. Dubarry, iba á consentir en que el rey muriese sin sacramentos.

Tales acusaciones llegaron á oídos de Mr. de Beaumont, quien deseando que cesasen, determinó irse á la caza de los lazaristas en Versalles, para imponer al público y aprovechar el momento favorable á las ceremonias religiosas, con el objeto de no sacrificar á Mad. Dubarry, sino cuando el rey llegase ya á un estado inminentemente peligroso.

El 3 de mayo, fué cuando el arzobispo llegó á Versalles.

Entre tanto pasaban alrededor del rey escenas escandalosas. El cardenal de la Roche Aymon opinaba como el arzobispo de París y deseaba que todo se hiciera en silencio: pero no era de este modo de pensar el obispo de Carcassonne, quien la echaba de celoso renovando los lances de Metz, y gritando en alta voz: *Que era menester que el rey recibiese los sacramentos, que se expulsase á la concubina, que se observaran los cánones de la Iglesia, y que el rey diese ejemplo de arrepentimiento á la Francia y á la Europa, á quienes había escandalizado.*

— ¿Y con qué derecho me dais consejos? exclamó impaciente Mr. de la Roche Aymon.

El obispo arrancó de su cuello la cruz pastoral y poniéndola sobre las narices del prelado:

— Con el derecho que me da esta cruz, le dijo: aprended, monseñor, á respetar este derecho y no dejéis morir al rey sin los sacramentos de la Iglesia, de la que es el hijo mayor.

Todo esto pasaba delante de Mr. Aiguillon, quien com-

prendió el escándalo que iba á resultar de discusión semejante, si llegaba á noticia del público.

En seguida entró en la habitación del rey.

— Vamos á ver, duque, le dijo el rey, ¿habéis ejecutado mis órdenes?

— ¿Con respecto á Mad. Dubarry, señor?

— Si.

— He preferido esperar á que V. M. me las renueve. Jamás me tomaré prisa por separar del lado del rey á las personas que le aman.

— Gracias, duque, pero es necesario hacerlo: id en busca de la condesa y llevadla reservadamente á vuestra casa de campo de Rueil: agradeceré al duque de Aiguillon todas las atenciones con que la trate.

Á pesar de esta orden tan terminante, Mr. de Aiguillon no quería precipitar aun la partida de la favorita y la ocultó en el palacio, anunciando su marcha para el día siguiente. Este anuncio tranquilizó en cierto modo las exigencias eclesiásticas.

Por lo demás, el duque de Aiguillon hizo muy bien en esconder y retener á Mad. Dubarry en Versalles, porque el día 4 la pidió el rey con tantas instancias, que el duque confesó que aun no había salido.

— Pues entonces decidle que venga, decidle que venga, exclamó el rey.

Mad. Dubarry entró, pues, por última vez.

La condesa partió deshecha en lágrimas: la pobre mujer, que era buena, alegre, amable y complaciente, amaba á Luis XV como se ama á un padre.

Mr. de Aiguillon hizo subir á Mad. Dubarry á una carroza con su hermana y la llevó á Rueil para esperar los resultados.

Apenas salió de los patios del palacio cuando el rey la volvió á llamar.

— Ya ha marchado, le respondieron.

— ¿Se ha ido? exclamó el rey: á mí me toca irme también. Mandad que recen á Santa Genoveva.

Mr. de la Vrilliere escribió al punto al parlamento, quien tenía en casos tan supremos derecho para mandar abrir ó cerrar la santa reliquia.

Pasaron los días 5 y 6 sin que se hablase de confesión, de viático, ni de extremaunción. El cura de Versalles se presentó con el objeto de preparar al rey para tan piadosa ceremonia; pero se encontró con el duque de Fronsac, que le aseguró, á fe de caballero, que le arrojaría por una ventana á la primera palabra que hablase sobre el asunto.

— Si no me muero al caer, respondió el cura, volveré á entrar por la puerta, porque tengo derecho para hacerlo.

Pero el día 7 á las tres de la madrugada, el mismo rey pidió imperiosamente que llamasen al momento al abate Mandoux, pobre sacerdote ajeno á toda intriga, honrado eclesiástico que le habían dado para confesor y que era ciego.

Su confesión duró diez y siete minutos.

Terminada la confesión, los duques de la Vrilliere y de Aiguillon quisieron retardar el viático: pero Lamartiniere, enemigo personal de Mad. Dubarry, que había introducido cerca del rey á Lorry y á Bordeu, se acercó á Luis XV y le dijo:

— Señor, he visto á V. M. en muy azarosas circunstancias, pero jamás le he admirado tanto como hoy: si V. M. hace caso de mi opinión, creo que debe acabar inmediatamente lo que tan bien ha sabido comenzar.

El rey mandó llamar en seguida á Mandoux, y Mandoux le echó la absolución.

No se trató de la ruidosa separación que debía hundir solemnemente á Mad. Dubarry: el limosnero mayor y el

arzobispo habían redactado de común acuerdo esta fórmula que fué proclamada delante del viático:

Aunque el rey no deba dar cuenta de su conducta más que á Dios, declara que se arrepiente de haber causado escándalos ante sus súbditos, y que si desea vivir todavía es para ser el sostén de la religión y de la felicidad de sus pueblos.

La familia real, aumentada con la presencia de Mad. Luisa, que había salido de su convento para asistir á su padre, fué á recibir al Santo Sacramento al pie de la escalera.

Mientras que el rey recibía los sacramentos, el delfín, que había permanecido separado del rey para que no se inficionase con las viruelas, escribió al abate Terray, diciéndole:

« Señor administrador general,

» Os ruego que mandéis distribuir entre los pobres de las parroquias de Paris doscientas mil libras, para que recen por el rey. Si os parece demasiado crecida esta suma, abonadla por cuenta de las pensiones de Mad. la delfina y mías.

» Firmado: LUIS AUGUSTO. »

En los días 7 y 8 empeoró su enfermedad. El rey vió que su cuerpo se le iba materialmente á pedazos. Abandonado por sus cortesanos, que no se atrevían á quedarse junto á aquel cadáver vivo, tan sólo le asistían sus tres hijas, que no se apartaron de él ni un solo instante.

El rey estaba espantado. En la terrible gangrena, que invadía todo su cuerpo, veía un castigo directo del cielo. Para él, la mano invisible, que le marcaba con manchas negras, era la mano de Dios. En un delirio tanto más

terrible, cuanto que no era producto de la fiebre sino del pensamiento, veía el abismo ardiente y llamaba á su confesor, al pobre sacerdote ciego, único refugio suyo, para que extendiese el brazo y colocase el crucifijo entre él y el lago de fuego. Entonces tomaba por sí mismo el agua bendita, levantaba por sí mismo la cubierta de su cama, y esparcía por sí mismo, con gemidos aterradores, el agua santa por todo su cuerpo: pedía el crucifijo, lo tomaba con ambas manos, lo besaba con toda su boca y gritaba: ¡ Señor! ¡ Señor! pedid al padre por mí, por mí, el mayor pecador que ha existido en la tierra.

Entre tan desesperadas y terribles angustias pasó el día 9. Durante aquel día, que no fué más que una larga confesión, ni sus hijas, ni el sacerdote se apartaron de su lado. Su cuerpo era presa de la más asquerosa gangrena, y alentando todavía, el cuerpo cadáver del rey exhalaba tal olor que cayeron asfixiados dos criados, de los que uno murió.

El día 10 por la mañana se veían, al través de sus carnes agrietadas, los huesos de sus muslos: tres criados más se desmayaron. El terror entró en Versalles: todos del servicio salieron huyendo.

No había ya más seres vivientes en el palacio que las tres nobles hijas y el digno sacerdote.

Todo el día 10 no fué más que una pura agonía: el rey, que ya se podía dar por muerto, no se decidía á morir, y parecía como si quisiera arrojarse del lecho, tumba anticipada. En fin á las tres menos cinco minutos, se levantó, extendió las manos, fijó los ojos en un punto de la habitación y exclamó:

— ¡ Chauvelin! ¡ Chauvelin! Y sin embargo no hace todavía dos meses... luego volvió á caer en el lecho y murió.

Cualquiera que fuese la virtud que Dios había puesto

en el corazón de las tres princesas y del sacerdote, ello es que creyeron, tanto aquéllas como éste, acabado el cumplimiento de su deber; por lo demás, todas tres estaban atacadas de la enfermedad que acababa de matar al rey.

Los funerales quedaron á cargo del gran maestro, quien tomó todas sus disposiciones sin entrar en el palacio.

Solamente los limpia-letrinas de Versalles fueron quienes se atrevieron á colocar al rey en la caja de plomo que le estaba preparada: pusiéronlo en su última habitación sin bálsamos y sin aromas, enrollado en las mantas del lecho en que murió: y luego metieron la caja de plomo en otra de madera, y lo llevaron á la capilla.

El día 12, aquel que había sido Luis XV fué conducido á San Dionisio, habiéndose colocado el féretro en un gran carruaje de caza. En otro carruaje iban el duque de Ayen y el duque de Aumont, y en otro finalmente el limosnero mayor y el cura de Versalles. Veinte pajes y unos cincuenta palafreneros, con hachas encendidas, cerraban la marcha y completaban el cortejo.

El convoy salió de Versalles á las ocho de la noche y llegó á San Dionisio á las once. El cuerpo bajó á la bóveda real, de donde no debía salir sino el día de la profanación de San Dionisio, y no sólo se cerró en seguida la entrada del subterráneo, sino que se calafateó, para que ninguna emanación de aquellas cenizas humanas pasase, filtrándose, de la mansión de los muertos á la estancia de los vivos.

Ya hemos contado en otra ocasión la alegría de los parisienses á la muerte de Luis XIV. No fué menor la que experimentaron, al verse libres de aquel á quien treinta años antes habían conocido por el sobrea nombre de el *muy amado*.

Se censuró con bromas al cura de Santa Genoveva por lo edificante de la caja.

— ¿De qué os quejáis? replicó: ¿no ha muerto ya?

Al día siguiente Mad. Dubarry recibió en Rueil una carta en que se la desterraba.

Sofía Arnould supo á un mismo tiempo la muerte del rey y el destierro de Mad. Dubarry, y dijo:

— ¡Ay! ¡henos aquí huérfanos de padre y madre!

Esta fué la única oración fúnebre que se pronunció sobre la tumba del nieto de Luis XIV.

LA MUJER DEL COLLAR DE TERCIOPELO

I

El arsenal

El 4 de diciembre de 1846, estando anclado mi buque desde la vispera en la bahía de Túnez, me desperté á cosa de las cinco de la madrugada con una impresión de profunda melancolía, de las que hacen que por todo el día tengá uno húmedos los ojos y oprimido el corazón.

La causa de esta impresión melancólica era un sueño.

Me bajé de mi catre, me puse un pantalón, subí al puente, y extendí mis miradas sobre cuantos objetos rodeaban al buque.

Esperaba que el maravilloso paisaje que se desarrollaba ante mi vista, me distraería de la dichosa idea del sueño; idea tanto más obstinada, cuanto menos real era la causa que la había producido.

Tenia delante de mí, como á un tiro de fusil, el muelle que se extendía desde el fuerte de la Goleta hasta el del